

MEJORANDO LA EVALUACIÓN

Improving evaluation

Francisco Daniel Sánchez Vázquez

Maestro jubilado
dasava@gmail.com

RESUMEN

Se muestran los cambios en la evaluación que han sucedido a lo largo de la vida laboral del autor, reduciéndolos a tres momentos significativos: al comienzo de la vida docente, hacia la mitad de la misma y en los últimos años de profesión. Se muestra cómo el descubrimiento e investigación personal y la cooperación con otros compañeros y compañeras permiten y facilitan la evolución de la forma de trabajo en el aula que permite mejorar los aprendizajes y la evaluación.

PALABRAS CLAVE: EVALUACIÓN, ENSEÑANZA, APRENDIZAJE, COLABORACIÓN, INVESTIGACIÓN

ABSTRACT

The changes in the evaluation that have happened throughout the author's work life are shown, reducing them to three significant moments: at the beginning of the teaching life, toward the middle of the same and in the last years of the profession. It shows how the discovery and personal research and cooperation with other colleagues allow and facilitate the evolution of the way of working in the classroom that allows to improve learning and evaluation.

KEYWORDS: EVALUATION, TEACHING, LEARNING, COLLABORATION, RESEARCH

Fecha de recepción del artículo: 16/01/2019

Fecha de Aceptación: 20/03/2019

Citar artículo: SÁNCHEZ VÁZQUEZ, F. D. (2019). Mejorando la evaluación. *eco. Revista Digital de Educación y Formación del profesorado*. nº 16, CEP de Córdoba.

Quisiera contar en estas líneas mi experiencia en cuanto a la evaluación del alumnado a lo largo de mis años de docencia, que ha supuesto una evolución de la misma ya que también evolucionó mi manera de trabajar en el aula y una cosa me llevó a otra. Es impensable cambiar de metodología y no hacer cambios en la evaluación, aunque sí es posible, en algunos casos, no cambiar la metodología e introducir otras herramientas y maneras en la evaluación.

Desde 1980, año en el que inicié mi andadura de maestro por los centros de Andalucía, hasta la fecha, la evaluación, a nivel de exigencia de la administración, ha cambiado bastante. En estas primeras fechas estaba implantada la EGB y recuerdo que cuando impartía clase se buscaba exclusivamente la calificación. La forma de valorar el trabajo escolar era, y es hoy en muchos casos, asignar notas cuantitativas. Recuerdo que mi primer destino fue una sustitución de tres meses en un aula de educación especial. Al principio solo tenía un alumno y una alumna. De un día para otro, en el transcurso de la primera semana, fueron incorporándose muchos otros, hasta un total de 8 en función de si era zurdo, no atendía... Peregrinas decisiones que me chocaron bastante y que tuve que aceptar. Así que intenté pasar una serie de pruebas, test, para evaluar la situación de cada alumno porque no existían registros. Cual fue mi sorpresa al llegar el inspector, para comprobar el alumnado que tenía, y preguntar por lo que estaba haciendo en ese momento. Le hablé de la actividad y me dijo que dejara de realizar esas pruebas que no servían para nada y me dedicara a enseñar a leer y escribir y al cálculo. Y se fue. Hoy ya sabemos que eso es lo que hay que hacer y existe personal especializado en los centros para

ello. Como veis, una primera experiencia frustrante donde la evaluación inicial que comencé a realizar se intentó cercenarla. Cosa que no fue así porque yo seguí posteriormente con mi actividad, pues tenía muy claro que había que hacerlo por principios.

Ese mismo curso me destinaron a realizar una segunda sustitución con alumnado de segundo curso de EGB y ahí comprobé que existían compañeros y compañeras que trabajaban de otra manera y la evaluación no residía en un examen para obtener una calificación. Existía una evaluación auténtica pues se utilizaban diversas técnicas y procedimientos para evaluar: observación, seguimiento del trabajo diario, debates, exposiciones, diario de clase, análisis de cuadernos del alumnado, prueba escrita.. De esta manera se alcanzaba un mejor conocimiento del alumnado, su evolución, necesidades y así se podía incidir en la mejora de los aprendizajes. Se tenían en cuenta los conocimientos, las actitudes pero no se profundizaba en la evaluación de los procesos, cuestión esta última que para mí fue importante descubrir más adelante y que es bastante interesante no dejarla de lado puesto que es el índice en que uno puede ver la manera en que el alumnado aborda los problemas, las tareas,, los proyectos y las dificultades que va encontrando. Comprobar el grado de intervención que realizan, las estrategias que utilizan para buscar información, estructurarla, resumirla, compartirla, son aspectos que hoy en día hay que supervisar porque de su adquisición, en mejor o peor medida de los mismos, dependerá las posibilidades académicas y personales de las personas que aprenden. Así pues, aún repitiéndome, considero hoy en día que había que evaluar los procesos que el alumnado va desarrollando, asimilando y descubriendo en su trabajo diario.

No obstante, es obvio que si en el día a día no se mejoraban las prácticas de aula, era casi imposible hacerlo.

En función de esa experiencia en los años siguientes comencé a buscar mejoras en esas prácticas de aula y desarrollé tareas donde el alumnado debía realizar investigaciones de mayor o menor calado, todo ello bajo la constante coordinación con otros compañeros y compañeras de otros centros escolares y que dieron como resultado diversos trabajos de investigación sobre el entorno social y natural. Las diversas actividades que realizó el alumnado nos obligó a repensar la evaluación: no podíamos aplicar procedimientos de evaluación clásicos a esta nueva situación que generaba interdisciplinariedad, trabajo cooperativo, productos finales y procesos de trabajo diferentes y más complejos. Ante esta situación nos planteamos evaluar cada una de las tareas, el producto final o ambos aspectos. Se pensó que si se elegía la primera situación, evaluación de cada una de las tareas, lograríamos tener evaluación de las diferentes disciplinas que se desarrollaban en el proyecto de trabajo y el resumen de todas ellas sería la evaluación del producto final. No obstante otros compañeros consideraron que si se decidían por la evaluación exclusiva del producto final también tendríamos una información mucho más holística y coherente con el sistema de trabajo y que la evaluación de las diferentes disciplinas tendrían la misma consideración que el producto final. Ante esta situación, consensuamos la solución llegando a tomar la tercera solución: cada disciplina sería evaluada en función de las diversas tareas planteadas y que las concernían y por la evaluación del producto final. Con todo ello, teníamos por un

lado solucionada la evaluación de las diferentes áreas y la evaluación del producto final ayudaba a la mejora de las calificaciones de las diferentes áreas.

Vimos como el cambio en el trabajo en el aula conllevaba un cambio en la evaluación. No obstante nos dimos cuenta que ese mismo cambio nos planteaba bastantes dudas en la valoración del trabajo escolar: ¿cómo actuar con la cooperación del alumnado?, ¿y la autoevaluación y coevaluación? ¿y los procesos de trabajo? Estas y otras preguntas se quedaron en el aire, sin responder. Se necesitaba otro tipo de sistema educativo que pudiera darnos solución a todos estos interrogantes. Estábamos a principios de los ochenta y con poca cultura evaluadora para abordar los cambios metodológicos que provocaban nuevas formas de aprendizaje en nuestras aulas.

Después de diversos avatares en los destinos y funciones en diversos centros, será ya a mediados de los noventa que reemprendí la problemática al comenzar a trabajar con tareas y proyectos. De esta forma, y durante un proceso de varios años, consigo hacerme con una estructura evaluadora que me satisfizo y que respondió a lo que buscaba y deseaba: una evaluación formativa, auténtica, que tuviera en cuenta lo holístico y lo analítico, la autoevaluación y la coevaluación con el uso de diversos instrumentos para llevarla a cabo.

En mi forma de trabajar intentaba conjugar la evaluación de las diversas áreas que obtienen sus resultados en función de las tareas relacionadas con ellas y que se desarrollan en el proyecto junto con la autoevaluación y coevaluación del alumnado, el producto final y el trabajo cooperativo e individual. Cada uno de esos aspectos tiene su peso para alcanzar la calificación que hay que dar

indefectiblemente y que en mayor o menor medida nos coloca en un punto de estrés de cierta intensidad en función del entorno en que nos vemos incluidos (familias, profesorado, equipo directivo, inspección...).

Naturalmente, llegar a esta situación ha sido a costa de ir tomando decisiones, dar pasos adelante y atrás, puestas en común con el alumnado, asesoramiento de profesorado, asunción de roles y metodologías de trabajo. Desde 2005 utilicé rúbricas, al principio, elaboradas por mí y más adelante desarrolladas por el alumnado, en el convencimiento que debían de intervenir en el sistema de evaluación y en la toma de decisiones sobre los aspectos y criterios a tener en cuenta. Posteriormente he ido incorporando otros instrumentos de evaluación centrados en el alumnado: debates, diarios, portfolio, dianas... Y con la pretensión de que la evaluación sirva como elemento de mejora.

Por otro lado, creo que el sistema de trabajo que he llevado a cabo ha estado encorsetado por los sistemas educativos anteriores y el actual (LOMCE), que no permiten realizar una evaluación en consonancia con las metodologías que posibilitan otros tiempos de trabajo, otros entornos de desarrollo, otras relaciones entre los diversos actores en el centro, otras herramientas tecnológicas y otros sistemas de evaluación. Actualmente el sistema de evaluación a mi parecer es demasiado analítico y pormenorizado. Creo que se pervierte el propio sistema ya que obliga en demasía a volcar excesivo tiempo en análisis de estándares que, repito, creo no son lo suficientemente relevantes para ser tenidos en consideración. Si depurásemos esos estándares y limáramos los contenidos, podríamos abordar con más tiempo un trabajo en el aula con metodologías activas y que permitan un alumnado más creativo, resolutivo, cooperador,

reflexivo y crítico. La LOGSE y la LOE abundaban en el aspecto de evaluación global, este es el dato que nos debe servir para que el proceso de aprendizaje no se centre en las distintas áreas por separado, sino en las capacidades adquiridas en conjunto. Si nos fijamos en este aspecto podemos concluir que es la forma legal que nos permite evaluar de otra manera, teniendo en mayor consideración el trabajo global que se desarrolla en el proyecto que desarrollan.

Para acabar, la evaluación en los momentos actuales debe migrar desde una evaluación anclada en el examen hacia una evaluación para aprender, que informe al maestro, que mejore los aprendizajes del alumnado, que utilice el error para mejorar y como elemento de cambio, que ayude a transferir aprendizajes, que permita la autoevaluación y coevaluación para despertar el espíritu crítico, que sea formativa para que el alumnado adquiera autonomía, corrigiendo su trabajo para promover la mejora de lo que aprenden y cómo lo aprenden (metacognición), que se desarrolle en entornos cooperativos y grupos heterogéneos, que el alumnado intervenga en el diseño de la evaluación (ej.: diseño de rúbricas), que se utilicen diferentes instrumentos para la valoración y que tenga presente las emociones.

BIBLIOGRAFÍA

- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, F.D. (2018). Evaluación auténtica y ABP. *Evaluación*. Disponible en: <http://evaluacion.es/2018/07/23/evaluacion-autentica-y-abp/> _Consulta el 10/01/2018
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, F.D. (2014). Evaluar, ¿maldita palabra? La evaluación en el ABP. *Evaluación*. Disponible en: <http://evaluacion.es/2014/12/26/evaluar-maldita-palabra/>. Consulta: 10/01/2018.